



Dossier en homenaje a Silvana Filippi

Adiós a mi maestra, Silvana Filippi

JUAN CARLOS ALBY¹

Era amada. ¿Y acaso no es eso lo más importante? Poseía la inusual capacidad de suscitar sentimientos espontáneos de afecto y de admiración en quienes la trataban por primera vez. Cuando enseñaba, la firmeza de sus palabras transparentaba su profunda convicción de fondo y sonaban con la inconfundible melodía de la verdad.

Me decía que cuando uno escribe, debe leer el texto en voz alta y corregirlo una y otra vez hasta que sonara como una música en la que las palabras se sucedieran unas a otras de modo tan natural como las notas en la trama de una sinfonía. Hasta recuerdo sus gestos con el brazo cuando me instruía sobre esto, como remedando a un director de orquesta. Ella lo lograba sin esforzarse, como portadora de un don para la claridad en la expresión y en la comunicación del conocimiento. Las clases de Silvana eran un mentís al prejuicio ilustrado acerca de que un conocimiento es más profundo cuanto más oscuro es, o de que un profesor es más intelectual cuando es más difícil de hacerse entender. Hacía que resultara sencillo lo que era muy complejo sin reducir ni desnaturalizar la esencia de lo que comunicaba. Su presencia en los congresos era una garantía de que avanzaríamos en el conocimiento de la filosofía medieval y nadie quería estar ausente en sus disertaciones.

La conocí hace exactamente veintiún años, en los inicios de la carrera de Filosofía en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, en Santa Fe, en ocasión de las primeras Jornadas de Investigación y Comunicación en Filosofía. Se presentó aquella tarde de octubre de 2000 acompañada por otro eminente profesor de Rosario, mi querido amigo también desaparecido hace unos años, el Dr. Rubén Vasconi. La conferencia de Silvana produjo una viva impresión en las autoridades de la flamante carrera, a punto tal que decidieron otorgarle el dictado de la cátedra que entonces se llamaba Historia de la Filosofía medieval y del Renacimiento, y que hoy se dicta bajo el título de Filosofía medieval y renacentista, por el prejuicio anti-histórico que anima muchos planes de estudios recientes de las carreras de filosofía. Fue así que la primera cohorte de la Licenciatura tuvo el privilegio de contar con Silvana como profesora titular de la materia. Tuve la fortuna de acompañarla como

¹ Universidad Nacional del Litoral | Universidad Católica de las Misiones | Universidad Católica de Santa Fe
jcalby@hotmail.com

Jefe de trabajos prácticos desde el comienzo y luego como profesor adjunto. Si bien yo cargaba entonces con veinticuatro años de experiencia como profesor universitario, mi desempeño había sido en el campo de las ciencias de la salud, en la cátedra de Morfología normal de la carrera de Bioquímica en la Facultad de Bioquímica y Ciencias Biológicas, por lo cual debía aprender absolutamente todo sobre la enseñanza de una historia de la filosofía. Silvana no sólo ofició como mi maestra en ese menester, sino que también aceptó de inmediato mi propuesta para que fuera la directora de mi tesis doctoral en filosofía. Me enseñó absolutamente todo, desde la metodología de la investigación hasta la minuciosidad gramatical indispensable para un trabajo de semejante calibre académico.

Pero su asistencia no se agotaba en el trabajo intelectual, sino que también se introducía en lo anímico y psicológico. Lograba convencerme de que podía ser capaz de alcanzar lo que me propusiera. Sembró una confianza en mí mismo que me resultaba inaudita y que no había recibido jamás de ninguno de mis maestros anteriores.

Estoy seguro que quienes fuimos sus discípulos coincidimos unánimemente en este aspecto. Creía en nosotros con un optimismo casi desmedido. Su instinto maternal se volcó de lleno en aquellos que nos pusimos bajo su guía. Su prole intelectual fue tan abundante como tan mezquina fue con ella la naturaleza para otorgarle otro tipo de hijos.

Su manera de enseñar era similar a lo que Gregorio el Taumaturgo señala acerca de Orígenes, que la tarea del maestro sigue los caminos del buen labrador: examina la tierra, las posibilidades que encierra; luego la prepara con el arado para adecuarla y arrancar de ella todo lo que pueda impedir el buen crecimiento de lo sembrado; más tarde la riega, es decir, le da nuevas fuerzas con el poder del agua y finalmente la siembra con buena semilla. En su *Discurso de agradecimiento a Orígenes*, dice el Taumaturgo algo que bien le cabe a Silvana: “Nos enderezaba de forma socrática y nos domaba con su palabra [...] Cuando nos vio aptos y nos preparó adecuadamente para recibir las palabras de la verdad, entonces, como tierra bien trabajada y mullida, dispuesta para hacer brotar las semillas recibidas, las echaba a manos llenas, buscaba el momento oportuno para sembrar, de igual manera que ponía cuidado en todo, haciendo cada cosa a su debido tiempos y con las palabras apropiadas” (*Agradecimiento...* 96-99).

Su generosidad no tenía límites. Bastaba con que yo mencionara un libro para que ella lo rastreara hasta encontrarlo y regalármelo. En una oportunidad le comenté que el Prof. Francisco García Bazán, por quien ya desde entonces sentía yo una admiración incondicional,

presentaría en Buenos Aires su libro *La gnosis eterna I. Antología de textos griegos, latinos y coptos*. Sin decirme una palabra, viajó a Buenos Aires exclusivamente para la presentación del libro y conseguirme un ejemplar dedicado y autografiado por su autor. Así era Silvana.

Como directora de tesis, leía y corregía una y otra vez, sin descanso, los avances que le enviaba. Sus devoluciones eran amables y bondadosas, sin descuidar la contundencia de la corrección que siempre llegaba envuelta en un manto de afecto, comprensión y condescendencia. Tenía la paciencia de los grandes y la empatía de una madre.

Gracias a ella obtuve el doctorado y ocupé su lugar en la cátedra de filosofía medieval desde que decidió abandonar sus labores en Santa Fe en el año 2004. Estuvo presente en los momentos más importantes de mi carrera, como lo fueron la defensa de mi tesis doctoral y el concurso ordinario con el que en 2009 refrendé mi titularidad en la materia, a pesar de lo cual, nunca dejé de considerarme indigno de su legado.

Recuerdo algunas anécdotas que jalonaron nuestra prolongada relación académica. Por ejemplo, las discusiones que sosteníamos en torno a un conocido artículo de Gilson sobre la metafísica del Éxodo, al que yo criticaba enérgicamente mientras que ella lo defendía al punto de enojarse conmigo. En una ocasión acordamos en tono de broma en que ella escribiría sobre mí cuando yo muriera. Me disculpé por no poder corresponderle con un elogio póstumo en caso de que así fuese. Por una ironía del destino, es ella la que se fue mientras que yo sigo aquí y escribo estas líneas.

No hay palabras suficientes con las que yo pueda expresar mi gratitud hacia Silvana, mi respeto casi reverencial a su memoria. En tal sentido, hago propias las palabras con que Sinesio, obispo de Cirene, desde su lecho de muerte se despedía de su venerada maestra Hypatia de Alejandría, que, como Silvana, murió aproximadamente entre los cincuenta y nueve y sesenta años: “madre, hermana y maestra; benefactora en todo lo que para mí tenía valor en dichos o hechos, un bien inolvidable, auténtica maestra de los misterios de la filosofía” (*Cartas* 16; 81, 10 y 131, 5).

Era cristiana. Su manera de creer puede considerarse tradicional, a la vez que indubitable. Esto marcaba otro contraste entre nosotros, ya que mi modo de vincularme al Absoluto es un tanto heterodoxo, si es que resulta lícito hablar de una fe “ortodoxa”.

Se durmió en la madrugada del 3 de julio. Conforme a las promesas en las que ella creía, confío en que habrá despertado en aquella otra aurora, la del día que no tiene ocaso.